

Me dejó en la acera y se fué silbando hacia abajo. Era noche oscura, el calor intenso, el silencio profundo. La idea de sumergirme, á la ventura, en la masa de tinieblas, de aquel paseo á través de la ciudad fúnebre, me dió pavor. No iría, decididamente, á casa de mi tío Tejera. ¿Cómo disculpar mi presencia inopinada?, ¿cómo ocultarle lo ocurrido? Suspirando, me senté en el mismo umbral de la tienda de Vargas, me acurruqué, y como los pájaros en la rama me dispuse á pasar la noche al raso. En seguida me dormí, y en toda la noche no desperté sino dos veces, por la canturía del sereno y el vocear de un borracho.

¡Oh noche cruel!, ¡oh carga pesada de la decencia!, ¡oh intransigencia de la delicadeza!, ¡oh dureza de la bondad!, ¡oh dolor de estómago inolvidable!....

Pero ¿qué ruido es ese? ¿Será Arturito? ¿Cómo alborota *Bullebulle!* ¡Ah! ¡Es el médico! Que entre, que entre, y me diga, si lo sabe, qué remedio tienen los setenta años de un viejo.

II

No he sido yo muy aficionado á la lectura, pero algo he leído, y entre lo poco que he leído recuerdo un libro, francés por más señas, en que contando su autor las peripecias y sucesos de su vida, saca á la vergüenza intimidades que al lector no importan. Libre me Dios de seguir tan pésimo ejemplo, no sólo por el escándalo, del que siempre he huído, sino porque

mi temperamento sereno, la ecuanimidad de mi espíritu, no son parte á que el verdor de lo deshonesto mate los colores de mi cuadro. En mí las pasiones, si por pasiones ha de tenerse el rebullir de la sangre juvenil, fueron como las viruelas locas, sin intensidad, ni duración, ni rastros; casi pudiera decir que no las he padecido, ó al menos que no las he sentido en la forma grosera y material que hace temible el transcurso de aquella edad, de suerte que si algo refiriera, había de ser venial sosería hasta para los censores más escrupulosos.

He dicho cuadro y la pluma ha temblado en mi mano. Ayer leí las primeras páginas de este cuaderno á Sor Angélica, y la hermanita me dijo:

— ¡Pues poco campo que va á tener usted para pintar bonitos cuadros de época!

— ¡No! — la respondí alarmado, — si yo no lo pretendo, ni á ser posible me encargaría de ello. ¿Dónde está la paleta?, ¿dónde el pincel?, ¿dónde la maestría para ejecutarlo?, ¿ni cómo tampoco dar relieve á fondo que por fuerza tiene que ser movable, si los setenta años de mi vida han de desfilan ordenadamente? De mi vida sé lo suficiente para contarle; de la vida de la nación, más compleja y enmarañada por los partidos políticos, ayer los federales y unitarios, más tarde los *eneístas*, los *ordenistas*, los *salgadistas*, los *trujillistas*... y demás patulea conocida, apenas entiendo una letra. Además, esta es mi historia propia, la historia de un alma, y solamente lo que con ella se relacione

muy de cerca saldrá á la luz. A otra cosa no me comprometo. Retratos de personajes, hechos históricos..., ¡nada!, la torre de Babel. Pase que hubiera desempeñado yo algún papel importante ó insignificante en la vida pública, y así estas serían las memorias de un militar, diplomático, periodista, literato, á quienes fuerza es pedirles que nos refieran cuanto vieron y nos expliquen con datos peregrinos y sugestivos en cuántos y en cuáles sucesos anduvieron mezclados. Pero si yo no he salido de mi concha jamás, ¿qué he de contar que no sea de mí mismo? Hermanita Angélica, ¡por Dios!, ¿en qué berenjenal quiere usted meterme?

Si mis razones no convencen á mi dulce enfermera, hago pedazos el cuadernito y me dejo morir de tedio. Porque la cosa es clara. ¿Cómo pintar, por ejemplo, los ocho años que pasé en la tienda de Vargas, desde el 47 al 55, años de tan grandes sucesos? Para hacerlo como tan altos hechos exigen, me faltaría lo primero papel, luego numen y ciencia y paciencia. Mi tarea es más humilde y pedestre, y así ni por asomo y á posta he de aludir á ellos.

Tomando, pues, el hilo donde lo encuentro, y hechas de aquí para en adelante estas salvedades, diré que me instalé en la tienda de Vargas desde el día siguiente á aquella noche toledana en que fué el sueño mi alimento y mi lecho el duro suelo. Muy lejos de oponerse mis hermanas á mi emigración, facilitáronla cuanto pudieron: buen medio de deshacerse del pelmazo que las celaba y de conquistar la libertad

necesaria para sus trapicheos. Entregaron los muebles de mi alcoba y toda mi ropa de uso, advirtiendo que haría bien en no ir por allá, porque me recibirían á escobazos. Respecto de la generosa cesión temporal de mi parte de renta, nada dijeron. Al menos, don Aquiles no me transmitió el recado, siendo lógico suponer que no fuera olvido de él, sino ingratitud de ellas.

Se limpió, compuso y alhajó lo mejor posible el chiribitil de la calle de Mendocinos, y en su menguado recinto apenas cupieron el menaje, mi persona y mi tristeza inmensa. Pero, como he sido siempre ordenadito y curioso, quedó todo tan bien colocado, que dábale luz el aseo y alegría la compostura, sorprendente reverso del contiguo de Salustiano, que era una perfecta perrera. Habían manifestado también mis hermanas á D. Aquiles que, si yo quería, podía instalarme en la *estanzuela* del Trigal, y en vez de comerciante, hacerme agricultor; y aunque no me desagradara la idea en principio, como de aceptarla en seguida permanecía bajo la tutela fraternal, me prometí realizarla, si acaso, luego que á mi mayor edad la herencia paterna se repartiase legalmente. Entretanto, á mi independencia me atendería, independencia relativa, por cierto, pues salí del despotismo de mis hermanas para caer en las brasas del de mi tutor.

Es tan conocido D. Aquiles (1), que no hay para qué retratarlo. Tengo para mí que aquel hombre no

(1) *Quilito*.

nació de madre, y así le faltaban la delicadeza, la ternura, la sensibilidad que todo ser humano hereda, aun en mínima parte, y demuestra en determinadas circunstancias, aun con débil é involuntario gesto. Don Aquiles debió nacer un sábado á media noche, de infernal cocimiento aderezado por brujas y en el que seguramente emplearon simples tales como el cardo, la ortiga, el acíbar, y venenos diversos y violentos, entre zambras demoníacas y maleficios. Nadie se le acercaba que no saliera lastimado: su trato despedía, sus palabras eran espinas, y su sonrisa, las pocas veces que aquella cara fosca y amarillosa sonreía, figuraba el dilatarse del morro de un gato que maulla. El rencor, negra fuente ponzoñosa, le hervía en el fondo del alma y en coléricas bocanadas desbordaba por sus bigotes espeluznados. La perversidad era su musa, y la tacañería, la desconfianza, la envidia, la ira y la ingratitud sus servidoras y compañeras; su deleite mayor hacer daño, su entretenimiento maltratar al débil, su dogma el egoísmo ruin. Así no inspiraba sino desvío y odio, aun á su mujer y á sus hijos, y como un cerdo en su pocilga, gruñendo en su rincón se pasaba la vida contra el cielo y contra la tierra.

Pues al lado de este mal llamado hombre estuve yo, ¡infeliz de mí!, ocho años, declaro que no por gusto, mas por necesidad, que hereje llaman á la necesidad y con razón. ¿Qué diré de los prodigios de mi paciencia y de mi voluntad para no ensartarme en las púas de su carácter? ¡Y cuántos tropezones no dí, á mi

pesar, y qué de zarpazos no llevé de aquella fiera suelta que en el tenducho se revolvía! Y eso que, por ser amigo de mi familia, guardaba para mí distinciones que yo le agradezco mucho. Por ejemplo: en la tienda era yo quien manejaba los libros y estaba encargado de la correspondencia comercial y de cobrar las cuentas; de despachar al menudeo, atender al mostrador y barrerla y limpiarla, Salustiano; en la mesa del almuerzo me sentaba á su derecha, me servía el primero y dirigíame constantemente la palabra, prescindiendo de Salustiano, al que no dejaba meter baza. Se inquietaba por mi salud, aconsejábame que no saliera de noche por aquellas calles en que la *Mazorca* paseaba el ominoso pendón del tirano, me llamaba Juanito, hijo mío... Pero á lo mejor, y cuando yo, cediendo á mi natural afectuoso, me confiaba demasiado, el gato sacaba las uñas y el dolor de la herida me escocía una semana.

El odio de Salustiano por D. Aquiles era profundísimo. A tener malas entrañas, creo yo que le mata ó hace alguna fechoría. También D. Aquiles le maltrataba de modo que daba grima, las más de las veces sin motivo y sólo por desahogar su bilis. Las escenas que ocurrían diariamente eran deplorables. Cien veces dijo Salustiano que se marchaba; pero no se marchaba, retenido, como yo, por la necesidad. Mas, con tanto zurriagazo, el chico, flojo de suyo y despegado de su deber, se aplicaba menos y peor lo hacía. Porque no le regañaran hacía yo por él lo que á él le to-

33645

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

caba hacer, y antes de mucho tiempo, yo celoso y él descuidado, todos los servicios de la tienda se concentraron en mi mano diligente, llegando un día, que la bondad convida á propasarse y abusar de ella, á ofrecerme la escoba, diciendo:

— Juanito de Dios, toma y barre tú, que yo voy á fumar un cigarrillo.

Años de prueba fueron aquellos; sí, señor. Ocupado el santo día en mis deberes, no había lugar para la expansión del espíritu, sofocado, por otra parte, bajo la pesada atmósfera de la época. De noche Salustiano se iba á sus correrías, y yo, después de comer en una limpia fonda de la vecindad, la misma que nos servía las viandas para el almuerzo, daba un paseito solitario, y á mi cuarto volvía, antes que los serenos aparecieran en las esquinas.

No veía á mis hermanas, ni sabía nada de ellas. Algo me dió á entender Salustiano de que se decía, que se murmuraba, pero sin atreverse á referir nada concreto, porque, aunque manso, he sabido siempre hacerme respetar, y de un moquete firme le hubiera hecho tragar la especie. Tampoco en casa de mi tío Tejera, adonde iba de tarde en tarde, me preguntaban palabra de ellas. A lo que parece, mi tía Sandalita había roto con ellas y también las de Mártir, las de Zaldivar y las de Prisco. Un valladar se tendía alrededor de mi casa paterna, y esto me daba tan grande vergüenza y aflicción como si fuera yo el propio culpable.

Regresaba una tarde (en agosto del 50, no lo olvidaré nunca) de cobrar varios saldos y venía por la calle de Bolívar; acababa de salir de la librería de Montiel, donde algunas veces me reunía con los tertulianos de aquel simpático Nicolás Montiel, al que no veo hace un siglo... Sabido es que la famosa librería estaba situada en la acera derecha de la primera *cuadra* de la calle de Bolívar, conforme se va de la Plaza á San Ignacio. Pues por este tramo venía yo preocupado con lo que había escuchado en la librería acerca de las atrocidades cometidas la noche anterior en casa de las Mártires de enfrente y la prisión de aquel bondadoso sacerdote D. Cayetano, encanto de nuestra tertulia por su afabilidad y su elocuencia, cuando bajo los porches de la Recova distinguí una sombra que me hacía señas. Digo que era una sombra porque vestía toda de negro y llevaba crespón á la cara, y que las señas que con la mano hacía, también negra por el guante de este color, rezaban conmigo, porque ningún otro en tal momento pasaba por aquel sitio. Nefastos los tiempos y propios para que las mismas sombras amedrentaran, no quise habérmelas con aquella y me desentendí de sus signos llamativos escurriéndome con ánimo de apelar á la carrera si me perseguía; pero, comprendiendo mi maniobra, la sombra habló y me llamó por mi nombre.

— ¡Juanito, Juanito!

Era la voz de la sangre, la voz de mi hermana Laurentina. Me paré en seco, sin decidirme á cruzar la

calle y acercarme á ella, aturdido, latiéndome el corazón como el badajo de una campana echada á vuelo. Laurentina vino hacia mí, desveló su rostro, azucena ya ajada en que la verruga aparecía como enorme oruga, y me dijo lastimosa:

— ¡Juanito de Dios, no me huyas! ¿No quieres hablarme? ¿Me guardas rencor?

— No, Laurentina — la contesté; — yo no soy rencoroso.

— ¡Ay, ya sé, tú eres un ángel! No sé cómo has salido así, entre nosotras tan malas. ¡Qué crecido y buen mozo estás! Te reconocí y no he podido contenerme, te he llamado... ¡Perdona á esta desgraciada, Juanito!

Se pasó la mano por los ojos, y al levantar el brazo y con él las puntas del chal, descubrió un abultamiento sospechoso que dió en los míos como feroz puñada. Enmudecí, quemado de vergüenza, aunque no debiera sorprenderme que quien andaba en tales tratos pringada saliese; no supe si rechazarla, increparla, ó plantarla indignado. Y entretanto ella se prendió de mi brazo, me arrastró bajo los porches, suspirando, gimoteando, y como arcón viejo que se abre y muestra las telarañas y sabandijas del abandono, enseñándome el fondo de sus impurezas, sin cuidarse de mi soflama y de mi repugnancia.

Me contó..., ¡qué sé yo! Toda la ropa sucia, que no se lavaba en casa, la tendió en medio de la plaza, revolviendo el montón infecto con la tranquilidad del trapero acostumbrado á escarbar en la basura, sin re-

milgos de pudor hipócrita, llamando las cosas por sus nombres, soberbia en su misma depravación. Dos veces la interrumpí para dejarla, muchas para afearla su mala conducta, que nada disculpaba, ni aun la necesidad, esa excusa ridícula de las flaquezas, pues pertenecía á familia de abolengo, los ejemplos que recibí fueron excelentes y tenía de sobra para vivir con decoro. Ella me contestaba:

— ¿Qué quieres, Juanito? Lo mismo que has salido tú bueno, he salido yo mala. Esto del nacer es una lotería. Saca uno la cara bonita ó fea, y torcida el alma ó derecha. El toque está en que la educación ó la voluntad lo remedie. Y hay cosas, Juanito, que son irremediables.

Por supuesto, estaba á matar con Clara, á quien tachó de envidiosa, indecente y gastadora. En la calle de Balcarce andaba todo como la mona. De seguir así, la indivisa herencia se fundía en manos de Clara y quedábamos los tres por puertas. Nada le bastaba para sus caprichos, sus viajes, sus trapos y sus disparates. Y gracias que yo había renunciado á mi parte de renta, con generosidad nunca bastante agradecida, sobre todo sabiendo que era en pago del mal comportamiento de ambas, del que ella se arrepentía de todo corazón. Tan bueno era yo, que la misma Clara lo reconocía. Pero como de bueno pasara á tonto, paso muy corto y muy fácil, la otra había de llegar á pedir mi consentimiento para no sé qué ventas y enredos que preparaba. Porque estaban ya á la cuarta pregunta.